

## PRIMER PREMIO DE PARADOS EN MOVIMIENTO:

### **“PARA UNOS POCO, PARA OTROS MUCHO”**

Lucía era una niña pobre pero muy inteligente, aunque nadie lo supiera. Vivía con su tía en un apartamento de unos treinta metros cuadrados, donde había dos colchones, un pequeño y anticuado baño y una cocina donde solo había un frigorífico, casi vacío, y una vitrocerámica que no solían usar para no gastar luz.

La tía de Lucía se llamaba Clara y la habían despedido del supermercado en el que trabajaba hace dos años por robar comida para su sobrina. Desde entonces no la habían aceptado en ningún trabajo porque decían que era demasiado mayor para lo que querían, o la rechazaban por no tener una carrera ni estudios, o simplemente no les gustaba el aspecto que tenía. En una de las entrevistas llegaron a decirle que no querían que trabajara en su tienda porque parecía una vagabunda. Clara lo entendía, hasta ella misma se veía así, pero ese era el menor de sus problemas. Le importaba más la salud de Lucía y encontrar un trabajo para tener algo de dinero, porque hasta el momento habían seguido adelante gracias a los ahorros que habían juntado las dos a lo largo de los años, aunque estos no fueran abundantes.

Lucía tenía 15 años y la última vez que fue a clase fue antes de cumplir los siete años. Dejó de asistir porque sus padres se marcharon y le dejaron en manos de su tía. Decían que nunca habían querido una hija y que preferían dejarla con Clara ahora que todavía era pequeña en vez de abandonarla más tarde. La niña nunca sintió pena por eso ya que quería a su tía mucho más de lo que quería a sus dos padres juntos. Cuando dejó de ir a la escuela lo hizo porque empezó a faltar el dinero en su casa y no podía comprar ropa, ni libros, ni material... comenzó a sentirse avergonzada cuando llegaba todos los días al centro porque siempre vestía con la misma ropa y sus compañeros se metían con ella porque decían que olía mal y que no se lavaba. Cuando acabo el curso, Clara le sacó del centro sin dudarle. Sabía que su sobrina necesitaba aprender pero lo único que había hecho esos últimos meses fue sufrir por las críticas de los otros niños. Pensó que ella podría enseñarle matemáticas, algo de lengua y parte de ciencias sociales y naturales y cada día, antes de irse a la cama, repasaban lo del día anterior, hacían problemas y aprendían algo nuevo, pero llegó un momento en el que Lucía creció y lo que su tía le enseñaba se quedaba corto para su edad.

Su rutina diaria consistía en ir todas las mañanas a pedir limosna por la calle, y por las tardes juntaban el dinero y compraban algo de comida, pero nunca gastaban todo el dinero por si al día siguiente no conseguían nada. Cuando llegaban a casa, comían, limpiaban y arreglaban los desperfectos del apartamento, que con el tiempo, se había ido deteriorando y daba la impresión

de que cualquier día se vendrían abajo las cuatro paredes de esa caja a la que llamaban casa.

Un día normal, como cualquier otro, estaban pidiendo en la calle, ambas sentadas en el suelo de la esquina de un local, cuando se acercó una niña que no parecía tener más de diez años. Les miró a las dos con cara de pena, compasión y a la vez hizo alguna mueca como si estuviera sorprendida. Estuvo allí de pie durante unos cinco minutos y después les dijo que qué hacían allí sentadas todos los días, que por qué siempre llevaban la misma ropa y que si tenían casa, porque realmente parecía que vivieran allí mismo. Resultó que la pequeña era hija de los dueños de la empresa que fabricaba los bolsos más vendidos de la zona. Lucía ya conocía esa empresa y sabía que los dueños tenían mucho dinero. Cuando las dos chicas respondieron a las preguntas de la pequeña y le dijeron que eran pobres, esta quiso ayudarlas. Sabía que no podía darles alojamiento porque sus padres se enfadarían con ella y les echarían, pero sí que les podía dar dinero porque a ella le sobraba. Cada día que Alejandra les iba ver, les llevaba diez euros y se quedaba hablando con ellas durante una media hora. Después se volvía a su casa, que estaba encima del local en el que se instalaban las chicas todos los días. Clara y Lucía estaban impresionadas al ver cómo una niña podía ser tan generosa, y les dolía pensar que una cría de nueve años les hubiera ayudado más en cinco días que las cientos de personas que pasaban por esa calle durante dos años.

Poco a poco fueron ahorrando e hicieron mejoras en el apartamento con el dinero que les daba Alejandra. Se pudieron comprar ropa y comida decentes, y Lucía decidió volver al instituto. Si estudiaba, tendría más posibilidades de encontrar un trabajo cuando fuera mayor de edad, aparte de que estaba ansiosa por aprender después de ocho años sin pisar por un centro educativo.

Cuando llegó la chica al instituto, los profesores se asustaron al saber cuánto tiempo llevaba la chica sin estudiar, pero ninguno se negó a enseñarle y ayudarle y cada día tenía seis horas de clase individual, ya que no tenía el nivel que tenían los demás alumnos de su edad, pero Lucía era una alumna muy inteligente e interesada y apenas le costaba aprender. Al curso siguiente, se incorporó a la clase de cuarto de la ESO y sus resultados eran buenos. Cuando acabó bachillerato su tía encontró trabajo en una tienda de zapatos y con el dinero que ganaba tenían suficiente para vivir, así que le dijeron a Alejandra que ya no necesitaban el dinero que les daba. Alejandra se sintió muy feliz al saber que había ayudado a dos personas a vivir mejor, y sobre todo, a ser felices.

Durante los siguientes años, ningún día dejaron de ir a ver a Alejandra al lugar en el que siempre se reunían. Ahora la niña que era antes había crecido y era como una más en la familia para Clara y Lucía. Estas siempre estuvieron agradecidas de la bondad de una desconocida, que ahora era una parte muy

importante de sus vidas. Cuando los padres de Alejandra se enteraron de lo que su hija había hecho decidieron vender la empresa de bolsos y crear un centro para ayudar a gente sin recursos. Se sintieron avergonzados al saber que ellos no habían hecho nunca nada por las personas de su alrededor y siempre se habían fijado solo en ellos, en su hija y en su empresa. Comprendieron que no les costaba nada dar dinero a gente que no tenía ni un céntimo para comida, y que para lo que a ellos apenas significaba algo para otros era mucho. Al final, acabaron haciéndose mucho más famosos por el centro que por la empresa de bolsos, lo que provocó que el gobierno se interesara por ese proyecto y ayudaran a llevarlo a cabo. La vida de muchas personas mejoró gracias a esta gran idea y cuando había personas que ya no necesitaban la ayuda del centro, solían trabajar como voluntarios para ayudar a más personas.

Autor: Luna Vicente

2º ESO B